

MITO AIMARA Y ARÚ

Sergio Andrés Amaya Ruiz

Nació en El Socorro, Departamento de Santander, en 1987. Estudió Filosofía en la Universidad de Antioquia. Ha sido docente de filosofía en varias instituciones y promotor de lectura en la Biblioteca Pública Gabriel Turbay de Bucaramanga. Asistente a la red de talleristas RELATA. Actualmente se desempeña como docente en el mismo departamento.

*

Cuentan los antiguos Wai que el primer hombre y la primera mujer se encontraron en el Amazonas. Y que la mujer decepcionada al ver al hombre lloró tanto que sus lágrimas formaron el río negro o río de la tristeza. Wazima, para alegrar a la mujer se pintó de azul con los frutos del uami, pero eran tan pocos que solo pudo pintarse la cara. Las aves buscaron el rostro de Wazima y se metieron en el cielo de sus ojos, y habitaron los pensamientos del hombre que por primera pudieron volar. La mujer sonrió levemente, pero aún estaba triste.

Al siguiente día, Wazima se restregó con barro, e imaginó que era un árbol; primero llegaron ardillas que treparon por sus piernas y se perseguían por su torso y espalda. Luego, una multitud de aves se posó en sus hombros y cabeza, pero como no había suficiente espacio Wazima extendió sus brazos y las aves llegaron a ser tantas que tenía que apretar los dientes para soportar aquel peso. La mujer miraba desde la distancia, curiosa. Caminó hacia donde estaba Wazima y comenzó a nombrar a cada una de las aves, dijo guacamaya, chiribiquete, tucán, shansho, jacana... Así pasó Wazima todo el día hasta que la mujer terminó de nombrar a todas las aves del cielo. Por fin Wazima había escuchado la voz de Aimara; pero él no había sido nombrado.

Al siguiente día, Wazima untó su cuerpo con un polvo muy fino, y así como estaba empezó a dar vueltas y giros alrededor de Aimara, imitando el espíritu del viento. Aimara chocó las palmas de las manos una y otra vez. Taz-taz-taz taz-taz. Mientras tanto Wazima saltaba y reía, giraba y danzaba con cada golpe. La mujer ese día no sintió pena por el hombre.

Al siguiente día, Wazima buscó los frutos más exóticos y dulces de la selva. Tuvo que atravesar a nado el río Amazonas, adentrarse en la serranía, correr durante la noche para llegar al amanecer. Trajo: chulu, que nosotros conocemos como piña, guaraná, acajaiba, que nosotros conocemos como almendra, tapiriba, que significa fruta del tapir; hovos, mamones, ciruelas; tintin en quechua, que para nosotros es granadilla, a la que los españoles llamaron así porque

solo crecía en el Reino de la Nueva Granada; maracuyá, feijoa, níspero y merey. Aimara guardó algunas frutas para ella, pero la mayoría se las entregó a las aves. Fue larga la congoja de Wazima pero no se atrevió a hacerle ningún reproche.

Cansado de no tener un nombre y de que Aimara estuviera más pendiente de las aves que de él, decidió pintarse de verde. Esta vez ningún animal se posó es sus hombros ni correteó por su espalda. Verde era el color de las copas de los árboles, verde era el color del río, verde era la serranía. Antes de que no pudiera verlo, Aimara se acercó a Wazima, después de todo, ese hombre era su otra selva.

Cuentan los antiguos Wai que todavía Aimara no le ha puesto un nombre a Wazima.

**

Un día, mientras Wazima cazaba otro animal para Aimara y sus dos hijos, se encontró con Arú. Wazima alelado por su belleza y celoso porque Aimara había desplazado su amor hacia los hijos, y curioso frente a alguien nuevo en el mundo, corrió tras ella por entre la selva. Arú era en todo semejante a Aimara, solo que era un poco más joven. Sus senos eran más pequeños pero no por eso menos atractivos; sus piernas eran fuertes y elásticas, capaces de caminar varios kilómetros en una sola jornada; sus ojos eran brillantes y expresivos lo cual contrastaba con sus silencios. Pero Wazima sabía que Aimara era más sabia, lo supo cuando habló con Arú y ella respondía con monosílabos. Wazima estaba perplejo, pensaba que Arú también iba a llorar como Aimara la primera vez que lo vio, pero después de alcanzarla sus miradas se encontraron y ambos sonrieron instintivamente.

Wazima se llevaba las manos a la cabeza, luego al mentón, miraba hacia ninguna parte y luego miraba a Arú, se preguntaba qué haría Aimara en su lugar. Luego pensó que él era Wazima y Wazima tenía dos hijos y una mujer que se llama Aimara, pero ahora existía Arú. Finalmente se impuso el deseo, después de todo la infidelidad era nueva en el mundo y técnicamente no existía, Aimara y él no eran casados porque no conocían ese rito. Por eso mismo Wazima llevó consigo a Arú hasta donde estaba Aimara con sus dos hijos. Aimara los vio venir cogidos de las manos y sonriendo, caminando despacio

entre la arboleda, como entre nubes, acortando los pasos para hacer más largo el trayecto. Wazima trepó hasta un árbol y le regaló un mono tití. Ella lo estrechó en su pecho.

Aimara sintió celos de Arú y dijo en cuanto llegaron “maloka ni arima”, que significa: la casa de todos no es lugar para ella.

Entonces Wazima llevo a Arú hasta el otro lado del río Amazonas. Allí construyeron su casa. Los hijos de Wazima y Arú formaron ese pueblo, su principal deidad es el río Amazonas y el demonio tiene por nombre Aimara, que significa, según ellos, “el lugar donde reina el rechazo y el odio”.

El pueblo Aimara, en cambio, reconoce a la selva toda como su principal deidad. El demonio recibe el nombre de Arú, que significa, según ellos, “el placer que hace olvidar lo que de verdad se ama”.

Wazima murió cansado y entristecido, añorando el día en que sus hijos por fin pudieran verse unos a otros como hermanos. ■